







Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM  
[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)  
<http://biblio.juridicas.unam.mx>

**DISCURSO**  
QUE  
EL CIUDADANO LICENCIADO  
**CARLOS BAEZ Y CAMPOS,**  
PRONUNCIÓ  
**EN PUEBLA**  
EL 27 DE SEPTIEMBRE  
**DE 1851.**



**PUEBLA:**



IMPRENTA DE JOSÉ MARIA MACIAS,  
calle de Micieses número 2.

**1851.**





---

La sociedad no puede vivir en continuo estado de guerra, sino en paz; quiere el orden, la seguridad y la inviolabilidad de las personas de la República.

Comprender lo pasado sin echarlo menos: tolerar lo presente mejorándolo; y esperar en el porvenir preparándolo: he aquí la regla de los sábios y de las instituciones benéficas.

LAMARTINE.

---

## SEÑORES:

**C**UANDO el infortunio agobia el espíritu de los pueblos, porque no encuentran en el presente que los circunda el bienestar que desean, ni lo entrevén en el porvenir, vuelven los ojos a lo pasado para contemplar las heroicas hazañas de sus mayores, y reanimar con tan gratos recuerdos su desfallecida esperanza. Las naciones, como los individuos, tienen señalado su destino, al cual no pueden llegar sino después de inmensos sacrificios; la libertad y la independencia no han podido alcanzarse, sino, por el derramamiento costoso de sangre, luchando sin tregua contra el despotismo; y cuando las sociedades se han visto amenazadas con la pérdida de tan preciosos bienes, han necesitado siempre perturbar las cenizas de sus primeros libertadores, y evocar sus manes de la tumba para resistir y triunfar.



Si alguna generacion, Ciudadanos, debe registrar los anales de su pátria para reposarse en sus glorias, es la nuestra á quien la calumnia ha negado todo lo que es grande, todo lo que es honroso, y aun lo que poco excede de la esfera vulgar. Los infaustos acontecimientos de la guerra con los americanos del Norte han servido á nuestros enemigos para hacernos semejante agravio, en vez de culparse, como debieran, por su criminal abandono, en no haber prestado ayuda á la causa de la civilizacion y de la humanidad, que representaba México defendiendo sus derechos é intereses, contra un enemigo fuerte y poderoso, en verdad, pero infame y usurpador, sin disputa.

Breves son las páginas de nuestra emancipacion política, pero brillantes, y su esplendor, en nada cede al de aquellas que contienen los blasones de Europa. Bien pudiera referiros los memorables sucesos de la guerra de once años, y con los sacrificios de nuestros héroes, y las acciones generosas que en ese periodo se presenciaron aun en personas del bello sexo, formaros honroso paralelo con los que cuenta la historia, y que engalanan los libros de otros pueblos; pero lo omitiré, porque hoy á mas de ocuparnos de nuestros padres, debemos considerar las circunstancias presentes que demandan la mayor atencion, si es que pretendemos conservar la nacionalidad que nos legaron, y no conformarnos con recuerdos estériles de sus glorias. Separadas las colonias españolas del resto del mundo no so'o por las aguas del océano, sino tambien por la inmensa barrera que en el intermedio levantó el despotismo, eran estraños nuestros progenitores al movimiento progresivo y civilizador que se efectuaba en algunas naciones; su educacion se resentia de esa falta, y creyendose en el derecho divino de los reyes, hubiérase reputado como un crimen el reclamo de determinadas facultades. Así se desarrollaba olvidada esa raza enteramente nueva, y vejetaba tranquila, descansando en las tradiciones consagradas por los siglos, sin que diese muestras de conmoverse por el impetuoso torrente, que, desbordado de la revolucion francesa, desquició todos los tronos é hizo temblar á los tiranos,

Pero la Providencia que decretó la conquista del nuevo mundo por la espada de Cortés, para enriquecerlo con las glorias del Cristianismo, no queriendo permitir la degradacion y envilecimiento de esa porcion preciosa de la especie humana, decretó tambien se rompiera la cadena que enlazaba al mundo de Colon con el trono de Castilla, y sacó de entre el pueblo abyecto y miserable, hombres á quienes de-



paró como instrumentos de sus altos designios, para que la humanidad entera caminase por la senda que la tiene trazada, y en cuyo término se hallan la perfeccion y la ventura.

El hombre inmortal, que entre los mejicanos mereció ser primer trabajador de la Providencia en esa grande obra, fué el venerable párroco de Dolores, que convirtiendo el báculo del pastor en la espada del guerrero, se lanzó en la peligrosa carrera de la revolucion, y despertando á sus conciudadanos del profundo letargo en que por tanto tiempo los habia hundido el despotismo, reunió al derredor del pabellon nacional, que en su infancia halagaban las auras puras de la libertad, á los géneos tutelares de Morelos, Guerrero, Matamoros, Galeana, Allende, Mina, Victoria y otros muchos que lo defendieron con su valor, y á los ilustres Quintana Roo, Dr. Cos y otros varios que lo sostuvieron con las brillantes producciones de su ingenio.

Pero ni á Hidalgo que cual otro Moisés concibió el atrevido proyecto de terminar el cautiverio de su pátria; ni á Morelos cuya alma eminentemente republicana hubiera merecido altares en la Grecia; ni á Guerrero cuya constancia y patriotismo se espermentaron en mil combates, y se sometieron á las pruebas mas dificiles y amargas, estaba reservada la gloria de dar cima á esa grandiosa empresa. Ella debia ser exclusiva del héroe de Iguala, el varon esclarecido de México, D. AGUSTIN DE ITURBIDE.

Sin embargo, como los caudillos de la primera época zanjaron los cimientos de la nacionalidad; como fueron los primeros en levantar el estandarte en que se veia el lema *Independencia*; como su sacrificio fué noble, desinteresado y sublime, pues cada uno de ellos, y principalmente Hidalgo, estaban seguros de que el trono de Fernando, si conseguian derribarlo, los oprimiria en su caída con su peso, como oprimió á Eleazar el elefante que mató por salvar á sus hermanos de la dominacion del Rey Antiochó, justo es que, hagamos se conserve su memoria pura y sin mancilla, y los defendamos contra los tiros alevos de un] partido que se complace en deslustrar nuestra pequeña historia, intentando arrancar las primeras páginas que enumeran sus proezas, y que forman nuestro encanto.

El mas hermoso dia para la pátria fué aquel en que recobró al hijo predilecto que lloraba perdido, por haber desvanecido las esperanzas que concibió, considerandolo su mas firme apoyo y el ornamento de sus glorias. El mas bello triunfo de los que adquirió el ilustre Guerrero, fué el de ha-

—6—

ber ganado con sus ejemplos y sus exhortaciones al valiente y entendido Iturbide, cuyo valor y conocimiento le habian sido tan funestos. En efecto, la espada de este héroe, que un tiempo era el terror de sus hermanos, fué despues el sosten de sus libertades, y su alta capacidad no se ocupó ya mas que de trazar y combinar un plan, que reuniera las dos notables circunstancias, de realizar pronto el objeto que se propuso, porque como hombre de genio le era desconocido el reposo, y de ahorrar el precio de sangre que, hasta entonces, se habia derramado con profusion. Este plan, el mejor que haya ideado el talento profundo é investigador del político, fué el de Iguala, cuyo estandarte se compuso de las tres garantias que la Nacion podia apetecer. En vano el fanatismo fulminó de nuevo con su terrible anatema á ese movimiento patriótico, como á un movimiento tumultuario y anti-religioso, por que su primera enseña era el defender la religion, y en vano tambien la insaciable avaricia lo pintó devastador de los intereses creados, por que una de sus cláusulas garantizaba sus propiedades. Todos los puntos de diferencia fueron aplanados, y la sociedad unida caminó á un mismo fin: la independendencia absoluta de México se consumó de la manera mas feliz, el 27 de Setiembre de 1821: la antigua colonia se asentó en el banquete de las Naciones esforzadas, y sus hijos fuertes ya, por que eran libres, se sintieron capaces de todo.

Entónces fué maravilloso de ver el espectáculo del pueblo mexicano que entusiasta celebraba su rescate, y agradecido á los afanes y sacrificios del gefe del Ejército Trigarante, lo proclamaba Emperador. Mas tarde, esa efusion sincera de reconocimiento debia cumplirse, porque ¿quién de todos los caudillos pudiera disputarle la preferencia alegando razones para el mando? ¿ni quién con mas destreza que Iturbide pudiera conducirlo á su destino por medio de la revolucion moral que comenzaba á efectuarse, y que mas difícil, aunque menos sangrienta, tiene por objeto la felicidad pública, afianzada con instituciones libres? Iturbide, Señores, cuyo desprendimiento y moderacion se dejaron ver cuando renunció la investidura de teniente general que le confirió el ejército, aceptó por su mal y por el nuestro la corona que se le brindó.

Ese mismo ardimiento de que antes hablé, y que la razon no podia sujetar por que faltaba la esperiencia en el difícil arte de gobernar, nos ha acarreado males sin cuenta que agobian aún á la nacion infortunada. Casi todos los que cooperaron con su brazo y sus esfuerzos á la indepen-

dencia de México, se creyeron con la capacidad indispensable para elevarla á un puesto al que solo puede llegarse por la conquista de sanos principios, el trascurso de tiempo y la instruccion de las masas. Ofuscados ademas por el mérito eminente del Sr. Iturbide, y ambiciosos de la dignidad soberana en que habia sido colocado, y á la que ningun otro habria de ascender jamás, procuraron difamarle, pintando los extravios necesarios de su inesperienza, como actos dimanados de una intencion opresora y tiránica, y como los pueblos dan fácil ascenso á semejantes calumnias, y se dirigen por instinto al progreso, abandonaron en breve al que antes llamaban su salvador, y secundaron gustosos el grito de república que desmoronaba un trono, recién edificado, y los ponía á nivel de la marcha del siglo. Esto fué indudablemente un adelanto, y si las cosas no hubieran pasado de ahí, hoy tendríamos que disculpar una inconsecuencia, pero no que llorar un crimen; mas no sucedió así, en vez de conformar á sus enemigos la abdicacion y destierro voluntario que ofreció, le proscribieron por un abuso de ley, y cuando estimulado su patriotismo por las aflicciones de su patria, regresó para ofrecerla nuevamente sus servicios, se le decapitó en Padilla, cumpliéndose con un decreto bárbaro, que ni siquiera se le intimó. ¡El pueblo mexicano, ingrato como son todos los pueblos, le recompensó con el destierro y la muerte! ¡Su muerte, sin embargo, fué bella y patética, pues para que su gloria fuese completa, y guardase perfecta armonía con su génio sublime, debía sufrir también el supremo infortunio!

¡Es desconsolador contemplar manchada nuestra historia con la sangre de ese héroe que habia consagrado su vida á la causa de la patria, y que un asesinato horrible haya abierto una era de calamidades, cuando debiera serlo de resurreccion y de virtud, de patriotismo y de gloria! Habiéndose dado el primer paso en la carrera del crimen ¡qué dique podría oponerse contra el ímpetu de las pasiones reprimidas que se desbordaban de repente? Ninguno, y México que, por el heroismo de sus hijos, figuró como nacion independiente emancipándose de España, ha sido despues víctima de sus propios furoros, y de su inestabilidad.

Desde entónces, Ciudadanos, hemos caminado de tropiezo en tropiezo, y perdido hasta la esperanza de mejor suerte, porque hemos desvirtuado el estandarte de la salvacion del país que habia de guiarnos al grato destino que la Providencia le señaló. Admitiendo el sistema republicano, manifestamos deseo de progresar, pero intentando destruir la

enseña de Iturbide, sin sustituirla con otra, revelamos al mundo, que ignoramos tanto nuestra posición social, como el que las naciones para caminar, necesitan un principio que las dirija.

Al establecerse la República dos partidos imprudentes empezaron á disputarse el mando, y hasta hoy, lejos de practicar algo provechoso, no han seguido mas norma que la de aniquilar á su contrario, y el empeño decidido de realizar avanzadas ó mezquinas pretensiones. Los unos, han atropellado el régimen constitucional; los otros, embarazado su marcha y dilatado indefinidamente las reformas que indica para todos los ramos de la administración pública: los unos sin edificar un templo, destruyen una ciudad; los otros, conservan una prisión y la consideran un paraíso, tan solo por que han revocado la fachada. Los primeros alucinados, y no recordando que la constitución de los pueblos debe ser el producto de sus necesidades, del clima, de la educación, de los hábitos y hasta de las preocupaciones, y que la federación tiene por uno de sus objetos conciliar los intereses contrarios, vieron siempre como cosa irregular la permanencia de las clases, y en vez de reducir su preponderancia á sus justos límites, quisieron borrar aun la memoria de su existencia. En otras repúblicas, como la del Norte, de cierto que semejantes instituciones serían una anomalía; pero en la nuestra nacida de entre los escombros de un trono del día anterior, la anomalía consistió, tratándose de la felicidad de la patria, en pretender abolirlas, sin cuidarse del ascendiente imperioso que tienen sobre el pueblo, y que dimana de los servicios que le han prestado sus antecesores, de su larga duración y de sus riquezas. Los segundos atribuyendo al sistema el vaiven que la nación ha debido sufrir, y atendiendo sus prerogativas ante todo, se han olvidado de que la infancia de los pueblos ha sido siempre agitada por los ensayos, pagando el tributo de las lecciones dolorosas, en favor de la libertad y de la razón, á precio de consecuencias ingratas, que al salir del cautiverio se precipitan hasta el desenfreno, á causa de que las reacciones son de la naturaleza que exige, se pase de un extremo al contrario, y que los medios no se fijen, sino después de repetidas oscilaciones. Han olvidado también, que las instituciones no pueden permanecer estacionarias, cuando las sociedades cambian de fisonomía, y que no deben oponerse á la marcha progresiva de la especie humana, sino coadyuvar á que sus adelantos se ejecuten ordenadamente, porque cualesquiera obstáculos que la pongan, se-



rán ineficaces para contener sus oleadas que los arrastrara consigo.

Si hubieran transigido apoyando mutuamente el sistema de gobierno que la mayoría de la nación adoptó, alentado el patriotismo en el pueblo, inspirándole ideas nobles y justas de la dignidad del hombre, permitido la introducción de mejoras importantes en la educación, sin desviarla del fundamento religioso, y garantizado la propiedad de intereses en vez de desgarrarse constantemente, habrían evitado vergonzosas derrotas en que perdimos hasta el honor nacional que nos arrancó el soldado del Norte, no por su valor, sino por nuestra debilidad, no por sus virtudes, sino por nuestros vicios, y por que las contiendas interiores, que laceraban el seno de la patria, no cesaron, ni en el momento mismo en que todo el poder de los Estados-Unidos luchaba con el heroico y solo pueblo de Veracruz.

¡Cuan distinta conducta observaron Iturbide y Guerrero para consumir la independencia! Ellos lucharon por la felicidad del pueblo que ahogaba hasta entonces las sentidas quejas que excita la desesperación, y sus espadas brillaron solo en favor de la libertad, de la igualdad, y de la emancipación del entendimiento humano en el prolongado combate que sostuvieron contra la tiranía, la aristocracia y la ignorancia; y constantes siempre en sus generosos propósitos no hicieron ni un solo esfuerzo para salvarse de la traición de sus hijos, que derramaron su sangre en el suelo mismo que fué el teatro de sus hazañas; de sus hijos, sí, por que Iturbide y Guerrero son los padres de la Patria.

La guerra con Norte-América, á pesar de los estragos que la acompañaron, y de su trágico desenlace, se consideró por algunos como un bautismo que daría nueva vida á la Nación, porque debilitados y ensangrentados los partidos, y adóctrinados en la escuela del dolor, era de esperarse cedieran recíprocamente alguna parte de sus egoistas pretensiones, y renunciasen ese fatal exclusivismo que los ha animado, fundando una paz sólida y durable, y trabajando de comun acuerdo en crear elementos de fuerza para el caso de nueva guerra extranjera. Hasta hoy no se han realizado tan halagueñas esperanzas, pues la division eciste, aunque se invocan la union y la paz; los partidos se han multiplicado de manera tan desvergonzada, que no llevan ya al frente una bandera, sino una persona; y lejos de haber sacado fruto de lo pasado, continuamos tan imprudentes, como antes, y confesamos sin rubor ser una imperiosa necesidad la de agregarnos al Norte, porque es imposible re-

sistir su pujanza. Semejante estúpida resignacion, que por fortuna no es sino de unos cuantos mexicanos de alma envilecida y cobarde, sería el peor síntoma de nuestra inmediata ruina, si se hiciese estensiva á la generalidad de los ciudadanos, y demostraría palmariamente, que habíamos nacido para la esclavitud, puesto que ni intentábamos, ni imaginábamos siquiera, pelear por la independencia y libertad. La historia entonces relegaría á la fábula los nombres y los hechos de nuestros héroes, por que creería imposible que hijos tan infames y menguados hubiesen tenido padres generosos y libres.

Aunque la pasada invasion de los norte-americanos no será la única que hayamos de padecer, sino que en determinados períodos inquietará todavía nuestras posesiones, no toca á nosotros ajustar su cadena á nuestro cuello, aunque su triunfo debiese ser seguro, sino resistirla, principalmente cuando no lucharémos por nuestros solos intereses, sino que en esos combates, habrán de jugarse la preferencia y los derechos de la raza hispano-americana, contra los de la anglo-sajona que se miraran de frente. La raza hispano-americana no ha sido colocada al azaso en el nuevo continente; ella tiene un gran destino que cumplir, una mision sublime que llenar. Los pueblos crecen y progresan antes de perecer; jamás se les ha visto pasar de la infancia á la muerte, aunque hayan aparecido con una complecion raquítica y enfermiza, aunque hayan exhalado acentos lastimeros, parecidos á los últimos momentos de los imperios. Si nuestra raza estuviese sentenciada á morir, sin guardar ese orden establecido, ¿cual habría de ser la heredera del poder y civilizacion de esa Europa, señora del mundo y reguladora de las sociedades modernas? ¿Únicamente la raza anglo-sajona? no.

A la estrepitosa y repentina caída del imperio romano, la civilizacion amedrentada se refugió en el occidente y oriente de Europa que se adornaron sus descomunales vestiduras. Esa Europa, que despues de algunos siglos ha llegado á ser el emporio de las ciencias y del comercio, que hace mucho tiempo disfruta de la abundancia y riqueza que admiramos, y que derrama sobre todos los pueblos las esplendentes y apacibles luces de su ilustracion, carcomida por la destructora mano del tiempo, y socavada por el comunismo, dejará tambien el lugar que hoy tiene en la direccion del género humano, para que á su vez lo ocupe la América que apenas se ha iniciado en la carrera de la prosperidad y la cultura.

Así el norte como el mediodia del continente en que vi-

vimos han de dividirse la rica herencia del antiguo mundo, y aun quizá estaba asignada en ese repartimiento una parte mayor á los Estados-Unidos del Norte; pero esa preferencia no han querido aprovecharla, la han perdido, y vendiéndonos su primogenitura, nos dan derecho, no solo para que lleguemos antes que ellos, sino tambien para que obtengamos porcion mas abundante.

El pueblo norte-americano despreciando los consejos de Washington que le recomendaba el órden, la justicia y la paz, bucca ahora la prosperidad en la estencion de los límites de su pais y en el estrépito de las armas. Él como un furioso convertirá su furor contra sí mismo, y ocasionará que sus gefes, haciéndose dueños del estado, enflaquecido con sus terribles convulsiones, aniquilen la justicia, la libertad y las leyes, para entronizar el despotismo. Y aunque el gobierno de esa nacion, con su ahinco de asimilarla á Roma, mantendrá á su pueblo en guerra constante con las naciones limítrofes, para conservar la paz en el interior, su ruina será siempre indefectible, porque el pueblo de Norte-América se parecerá al de aquel imperio en su principio y en su fin; es decir, en que como Roma es la reunion de bandidos y asesinos de todas partes, y como Roma será tambien la presa de los pueblos cuya cólera provoque. En esto solo se parecerá, sí; pero su caída, no irá acompañada de la gloria que asistió á Roma hasta sus últimos instantes, no causará admiracion, porque le faltará la grandeza de Roma en sus hazañas, y por que la edad del mundo no permite ya se admiren injusticias y crímenes.

¡Mexicanos! Nuestros anteriores infortunios no deben desalentar nuestra confianza en el porvenir. Los anales de todas las naciones no han sido mas que la narracion de violencias y crímenes, perpetrados por la tiranía doméstica ó extrangera, durante el período de la infancia de aquellas, ó lo que es lo mismo, de la ignorancia de los derechos sagrados de la dignidad del hombre, y de los principios eternos de la justicia. La libertad de los pueblos ha corrido siempre ligada á la época de la emancipacion del entendimiento humano, y á donde la guerra civil ha corrompido las costumbres y afeminado á los ciudadanos, se ha observado que esa sublime virtud ha batido sus alas para volverse al Cielo, de donde salió, porque en tan inficionada atmósfera solo puede respirar el despotismo destructor. Roma que subyugó al mundo, mientras fué la inteligencia del mundo, sucumbió despues, siendo presa de los Godos, Visigodos, Herulos, Lombardos &c. por que sus ciudadanos violaron los mas san-



tos derechos de la humanidad y ensalzaron los mas nefandos delitos. Grecia, que en otro tiempo derramó la ilustracion sobre la tierra y ejerció tanto influjo en los destinos del genero humano, fué sumergida tambien en la abyeccion, cuando los ciudadanos de Atenas, templo de las ciencias y pátria de de los sabios, se cubrieron de horrosos crímenes. Inglaterra y Francia, las dos grandes naciones que hoy marchan al frente de la civilizacion, fueron destrozadas por la esclavitud y el despotismo, mientras estuvieron hundidas en la ignorancia, mientras que una guerra sangrienta no las hizo recobrar su dignidad. México tambien, que oprimida por la tiranía durante tres centurias, reconoció sus prerogativas y triunfó de España en el combate á que se lanzaron, sucumbió despues ante un vecino pérfido, porque los mexicanos se mancharon con la sangre de sus hermanos, y no comprendieron su destino, ni conocieron el papel brillante que deben desempeñar en la magnífica escena de las revoluciones humanas; pero México tambien en fuerza de las severas lecciones de la experiencia, y que tan oportunamente ha recibido, adelantará en la senda de la perfectibilidad y del progreso, como han adelantado otras naciones, como adelanta felizmente la España á la sombra de la paz, del órden, de la justicia y de la instruccion. Sí, México adelantará á la sombra de esas virtudes, y al amparo del sistema republicano.

¡El espíritu de Dios que marcha delante de los pueblos que lo invocan, que los sacó del caos, y que los detiene en el borde del abismo cuando se precipitan á él, haga mudar de rumbo á nuestra pátria á fin de que el porvenir se nos muestre lleno de esperanza, y todas las naciones vean asombradas la ventura de nuestra raza á quien juzgaban condenada á morir prematuramente, y en lo sucesivo siendo mas grata la mision del orador, en el mes de las glorias, no empañe la prefulgente aureola de nuestros héroes, hablando de nuestros vicios, sino que la dé realce, enumerando nuestras virtudes y adelantos materiales.





